

EL MUNDO

Domingo, 8 de mayo de 2005. Año XVII. Número: 5.626.

ESPAÑA

PREGUERIAS

Operación salvamento

Ibarretxe fue a La Moncloa a asegurarse un papel relevante en el proceso de paz anunciado - Fue el propio 'lehendakari' quien eludió poner sobre la mesa el futuro de su plan secesionista - Zapatero le ha dado cancha política para poder involucrar al PNV en una reforma constitucional

VICTORIA PREGO

Lo que hubo el jueves en el palacio de La Moncloa no fue nada que tenga que ver con la cantilena ésa de la «nueva era de oportunidades» que el Gobierno vasco nos anunciaba, como si se hubieran descornado las cortinas de la Historia. De eso nada.

Lo que hubo fue la entrevista cortés de un presidente del Gobierno que acaba de doblar el espinazo de las pretensiones soberanistas a un lehendakari que acudió a verle, entre otras cosas, porque necesitaba que Zapatero le echara un cable para resituar su estrategia en la única zona que le queda operativa: la lucha contra ETA. El «clamor popular» por la negociación del plan soberanista por el que estuvo clamando el líder del PNV hasta que entró en campaña, se ahogó definitivamente el 17 de abril y, con él, la terca pretensión de negociar esa libre asociación con España que Juan José Ibarretxe llevaba casi dos legislaturas acariciando.

Por eso, lo que hubo el jueves fue la conversación cauta de un lehendakari que se abstuvo muy mucho de poner de nuevo sobre la mesa ni su plan ni nada que se le parezca porque es consciente, y Zapatero también, de que ya no está en condiciones de imponer la negociación que él mismo había anunciado.

Fue el dirigente del PNV el que optó por guardar un astuto silencio sobre esta cuestión. También es verdad que el presidente decidió no ponerle delante de la cara la cruda realidad según la cual, con ese resultado electoral, su plan ha definitivamente dejado de existir, no sólo en términos legales sino también en términos políticos, y no quiso forzarle a reconocer ese hecho. «No es necesario humillar», se comentaba significativamente ese mismo jueves en el entorno peneuvista.

¿Quiere esto decir que el lehendakari ha abandonado definitivamente su proyecto? Podemos manejar dos hipótesis: Una, la de que sus aspiraciones

soberanistas estén definitivamente enterradas y que el PNV decida regresar por la senda constitucional. Y dos, la de que, dada la situación objetiva, Juan José Ibarretxe, tenaz como es, pero inteligente como también es, haya optado por rescatar la vieja tradición peneuvista de pegarse al terreno y confundirse con el paisaje cuando vienen mal dadas. Esta segunda hipótesis es la más probable porque es la que mejor encaja con el carácter del líder y con la ejecutoria de su partido. Lo más probable es que haya aparcado su plan hasta que escampe. Si escampa.

En el seno del PNV hay todavía algunos dirigentes partidarios de seguir adelante con los faroles y, caiga quien caiga, intentar gobernar con el plan de independencia «amable» a bandera desplegada, pero esos son los menos y entre ellos no se encuentra el lehendakari, que sabe que, en este momento, seguir por esa vía no tiene razón de ser si se apuesta, como todo partido político hace, por la supervivencia en el poder.

Por eso vino a La Moncloa. Primero, porque necesitaba cumplir ante los suyos la promesa -que en su día sonó más bien a advertencia o a amenaza- de pedir una cita con el presidente al día siguiente de las elecciones. Y, en segundo lugar, y esto se ha convertido de pronto en lo más importante, porque necesitaba saber qué piensa hacer Zapatero de aquí en adelante en ese otro asunto que, dadas las circunstancias, resulta vital para reforzar la influencia política del PNV: el esfuerzo por la paz. Ibarretxe estuvo, parece, extraordinariamente interesado en abordar esta cuestión que, caso de perder comba, podría destruir su liderazgo y empujar a su partido a las sombras políticas de lo irrelevante.

Porque también en este aspecto los acontecimientos han cogido al PNV con el pie cambiado. El que el Gobierno socialista permitiera finalmente que Nekane Erauskin y los suyos se presentaran a las elecciones, y obtuvieran nada menos que nueve escaños, irritó sobremanera a los líderes peneuvistas, que se sintieron directamente engañados por el PSOE.

Todo esto, más el hecho de que el presidente del Gobierno había dado ya muestras claras de que se tomaba en serio las indicaciones de Arnaldo Otegi y de que estaba dispuesto a considerarle el interlocutor principal para tratar de lograr el abandono definitivo de las armas por parte de ETA, permitió a Ibarretxe en su amarga noche electoral ver con claridad el dibujo que podía estar perfilándose desde Madrid.

A saber: un PNV electoralmente debilitado a causa de su insensata apuesta, con el añadido nefasto de los nueve escaños birlados por el PCTV; un Gobierno reforzado en su estrategia de diluir la amenaza soberanista, y una Batasuna que, eludiendo la ilegalización gracias a la decisión gubernamental, aparecía en primer plano en ese proceso de pacificación que iba a intentarse.

Este fue el asunto que el lehendakari puso inmediatamente sobre la mesa presidencial el jueves pasado, y fue ahí cuando llegó el momento de las buenas palabras - diálogo, entendimiento, concordia, oportunidad y todo lo demás- con las que se intentó luego salvar la cara de los dos interlocutores a base de espolvorearlas sobre aquellos dos comunicados tan supinamente tópicos e inanes.

Eso es lo que explica que en la reunión de la Asamblea del PNV celebrada este viernes se hablara muchísimo de pacificación y ni una sola palabra de ese plan soberanista que había sido durante los últimos años la apuesta nuclear del partido hasta el día en que las urnas hablaron.

Así que ni nueva era, ni tiempos de esperanza ni nada que no estuviera ya apuntado desde la noche del 17 de abril. Lo único que quizá sea de interés es que tenemos a un PNV neutralizado -de momento- en su reivindicación independentista y necesitado de estar presente y activo en un proceso de victoria sobre ETA, que vaya usted a saber si se da, cuándo se da y en qué condiciones se da.

En definitiva, lo que Zapatero ha hecho es tender una mano al lehendakari para, al impedir que se ahogue en lo único que le queda por amortizar ahora mismo, que es la pacificación del País Vasco, asegurarse a su vez que amortigua las pretensiones de desafío político que éste vino manteniendo durante las dos últimas legislaturas. Le echa una mano, pero para que no se le escape.

Conclusión: después de la famosa entrevista «a oscuras», estamos donde estábamos en materia de lucha antiterrorista, un proceso que puede salir bien o volver a salir mal, nadie lo sabe.

Ahora bien, lo que Zapatero no puede de ninguna manera hacer es pasarse dos horas con un lehendakari que está en funciones, ofreciéndole árnica a manos llenas, y pretender luego despachar el asunto con el líder de la oposición con un mensaje visto y no visto que apenas duró un par de minutos (la versión del cuarto de hora fue una aportación espontánea del equipo de fontaneros monclovitas para intentar disimular lo indisimulable). Y, encima, esa llamada la hizo el presidente empujado por el asombro general que estaba provocando el hecho de que en las 36 horas siguientes al encuentro él no se hubiera molestado en coger el teléfono para informar a Rajoy.

Las formas siempre son determinantes y en política mucho más. El presidente se lo está poniendo a sí mismo muy difícil con estas torpezas porque, si todo le va bien, llegará el día en que necesite imperiosamente el concurso del jefe del PP para sustanciar las operaciones más delicadas.

victoria.prego@elmundo.es

© Mundinteractivos, S.A.